que ninguna cosa se emprendía que primero no se tratase por vía de religión; por lo cual llamaban a esta ciudad el santuario de todos los dioses. Cógese en su distrito mucha cantidad de cochinilla. Los campos son muy fértiles para todo género de sementeras y ganados. Los hombres y mujeres son de muy buen tamaño y parecer; y ellas, dadas al trabajo mujeril de hilar y tejer (y no a ser plateras y entalladoras, como Francisco López de Gómara dice, aunque es verdad que muchas usan el trato de la mercancía y andan de mercado en mercado vendiendo ropa; y otras hacen cucharas y otras cosas de concha, pero éstas son muy pocas; y esto no lo oí como Gómara, pero helo visto con mis proprios ojos). Había entonces grandes mercaderes que contrataban muy lejos y ahora casi todos lo son, aunque no de tanto grueso. La gente pobre vestía de nequén, que es la tela gruesa y basta que se hace del maguey y los ricos vestían de algodón, con orlas labradas de pluma y pelo de conejos, aunque ahora todos visten bien, porque todos tienen sus inteligencias así entre españoles como entre indios, dentro y fuera de la ciudad. Hallaron los castellanos en esta ciudad pobres mendicantes, cosa hasta entonces no vista en toda esta Nueva España en otra parte, y entendióse que iban en romería por la devoción de los templos. Su mayor dios era Quetzalcohuatl, que quiere decir culebra de plumaje (y no dios del aire, como dice Herrera) aunque era dios del aire (como decimos en otra parte). Era grandísima la contratación de diversas cosas que había en esta ciudad; y lo que causó mayor admiración a los castellanos, en los días que allí se detuvieron, fue la loza tan hermosa y delicada como la de Florencia, en Italia, de la cual mucha cantidad se vendía en los mercados.

CAPÍTULO XX. *De la ciudad de Huexotzinco, y cómo la ha dedicado Dios para casa de San Diego*

A CIUDAD DE HUEXOTZINCO estaba sentada en la falda de la Sierra Nevada que está contigua y pegada con el volcán que humea. Esta ciudad era de mucha y belicosa gente. Tenía, cuando entraron en esta tierra los españoles, de treinta y cinco a cuarenta mil vecinos. Esta ciudad tan populosa no permaneció en su sitio, donde antes la habían situado los teochichimecas que la fundaron (como dejamos dicho), porque pareciéndoles a nuestros religiosos de San Francisco, que los han dotrinado siempre, desde entonces, que no era el sitio acomodado para su habitación, los bajaron y sacaron de aquellas quebradas una legua más abajo, a lo llano, donde de presente está situada; y ésta debió de ser la causa (o Dios que así lo quiso) que fue diminuyendo en el número de gente; y a muy poco tiempo quedó cuasi despoblada y lo está en estos tiempos que no sé si llegan a mil vecinos o pocos más con sus aldehuelas.

No es mucho que tratando de los muros gentilicios y poblazones de idólatras, que mezclemos con ellas casas maravillosas y que la divina mano de

Dios ha querido fundar después del cristianismo; que si algún tiempo ha permitido al demonio lozanearse con casas, que en la tierra le ha dejado fundar, al fin se las ha derribado; y fuera de las que en su nombre ha hecho edificar como Dios, que en ellas quiere ser adorado, ha dado mano a sus amigos que en ellas entren a la parte; y es muy conforme a razón que donde los enemigos son sufridos y por algunas ocultas causas disimulados, los que son amigos sean favorecidos en aquellas mismas cosas que los enemigos gozan. Y como Dios no sólo se precia de amigo para con sus amigos, mostrándoles su pecho y dándoles la lealtad de su corazón, sino haciéndoles mercedes, como otro Alexandro a Ephestion, por ser su amigo, que le daba de su plato y mesa la vianda y aposento en su casa, así a los suyos les da casa en la misma suya, como se verá en la que tiene San Diego, fraile lego de la orden de mi padre San Francisco en esta ciudad, donde parece que le ha querido muy en particular magnificar y hacer ilustre en una ermita pequeña que está fuera del convento, aunque algo cerca de él, lo cual sucedió de esta manera:

Había en esta ciudad, entre otros vecinos españoles que en ella moran, una mujer humilde y pobre; ésta tenía un hijo de edad de cuatro años y medio o cinco, llamado Alonso, y como era pobre y falta de servicio, servíase de su hijo en las cosas manuales que él podía ejercitar. Sucedió pues que un día salió el niño de su casa a un mandado a que su madre le enviaba, y como los niños de tan poca edad más cuidan de jugar y travesear que de hacer con puntualidad lo que se le manda, yendo a su mandado se detuvo en un lugar que estaba cerca de su casa, que solía ser corral y cercado de unas casas antiguas cuyas paredes estaban todas aportilladas, caídas y arruinadas y casi pegado con la una de ellas un pozo, que de su antigüedad había cabado su dueño para aprovecharse del agua para el servicio de su casa. Este pozo estaba apartado y diviso de la pared poco más de una vara y todo rodeado y cercado de yerba y matorrales. Estaba juntamente de la otra parte, según se dijo, alguna manera de cañaveral y subido el niño sobre la pared del dicho cercado, que debía de tener de alto un estado, a cuya parte caía el dicho pozo. Tomóle gana de alcanzar desde allí una de las cañas que de la otra parte estaban y aunque estaban algo distantes, como no le atemorizó el peligro tampoco reparó en el daño; y avalanzándose a tomar la caña hizo fuerza por quebrarla o arrancarla y como tenía poca fue bastante la que puso para que perdiendo pie cayese y diese consigo en lo hondo del pozo. Y porque más se conozca la grandeza del milagro es bien que consideren sus circunstancias: era este pozo muy angosto, que apenas tenía poco más de una braza de hueco y tenía de hondo cinco y media, según se tomó por fe y testimonio, y aunque en otro tiempo tenía agua, entonces no la tenía, porque con la antigüedad de haber faltado el haberla menester estaba ciego, pero lamoso y cenagoso. Hacia un lado del suelo una manera de covachuela, aunque no honda ni metida mucho en la pared. Criaba juntamente en el cieno o lama algunas sabandijas inmundas, mayormente sapos, de los cuales había algunos. Cayó pues el niño Alonso en este pozo sin hacerse mal ninguno, aunque dio en lo bajo

el golpe, tal cual se puede considerar su hondura de cinco brazas y media que son once varas, en el cual estuvo seis días y cinco noches sin más compañía que la de aquellos sapos y unos abejones que entre las matas se criaban, que se llaman en la lengua mexicana xicotes y entraba en lo hondo de él a buscar alguna cosa de su ordinario sustento. Viéndose el niño en aquel solitario y obscuro lugar, sin saber el modo de su remedio, tomaba por alivio llamar a su madre, lo cual hacía muchas veces, y como no le respondía a ninguna de las voces con que la llamaba, afligíase y lloraba amarga y continuamente. Pasó esta angustiada y vida llorosa seis días y cinco noches (como se ha dicho), en el discurso de los cuales se le apareció por cuatro o cinco veces un frailecito con hábito de San Francisco y sin corona, a quien él llamaba hermano en la superficie de la tierra, a la boca del pozo, el cual le hablaba familiarmente y decía: niño Alonsico, no te cuites que ahora vendrá tu madre y te sacará de ahí, no tengas pena. El niño se acallaba con estas razones y le rogaba al dicho frailecito que se quitase de la boca del pozo, no cayese, como él había caído.

Volviendo pues a hacer memoria de la madre digo: que luego el primer día de los seis que estuvo aguardando a su hijo por algún espacio de tiempo y viendo que no volvía, recelando el daño y temiendo lo que pudiera acontecerle, por ser tan niño, salió de su casa en busca suya y fue hacia la plaza, que es donde le había enviado, y para ir a ella era fuerza pasar por el lugar donde el pozo estaba (aunque escondido por la mucha yerba y matas altas que lo cubrían y estar él sin brocal), porque atravesaba por medio del solar y cercado una senda que lo cortaba y dividía al sesgo, de esquina a esquina; y aunque pasó por allí aquel día muchas veces y todos los seis restantes y el niño lloraba y daba voces, jamás las oyó; aunque dicen otras personas de los indios que las oían, por ser aquella senda frecuentada y usada para atravesar una calle, que sale al mercado o plaza, y aunque oían las voces y gemidos del niño los dichos naturales, era de manera que más parecían asombros de cosas prodigiosas y visiones de esotra vida que voces de persona necesitada de ésta mortal que vivimos. Y como los indios de la ciudad (cuando no lo sean, todos lo son en parte, agoreros y supersticiosos) tienen entre sus abusos antiguos creer que todas las veces que oían gemidos ocultos y no se sabía quien los daba, que es el hijo de la tierra el que gime y que si acaso los oye y los descubre y manifiesta, han de morir todas las mujeres preñadas de su familia, o si no la persona más conjunta y llegada a él; y por esta razón y creyendo (como digo) su antiguo error y supersticioso pronóstico, ninguno de los que oyeron los semejantes gemidos y voces, las manifestó ni descubrió a ninguno. Todos estos días anduvo la madre como leona furiosa, bramando por su hijo y como mujer de razón encomendólo a las gentes vecinas y a todos los que por las calles y caminos encontraba, y como el verdadero cristiano, que pone su confianza en Dios y en sus santos, sabe que donde no pueden las fuerzas humanas y faltan las sendas del saber ahí llega Dios con su clemencia, acogióse a sagrado, yéndose a la iglesia de los frailes menores (que como se ha dicho, no hay otros en aquella doctrina) y fuese a favorecer de San Die-

go, cuyo altar e imagen estaba dedicada en el cuerpo de la dicha iglesia, y sin adornar ni pulir su oración con colores retóricos ni lenguaje afectado, le comenzó a pedir a su hijo a voces diciendo: San Diego, dadme a mi hijo y mirad que tengo de seros importuna y molesta hasta que me le deis y deparéis; mirad santo bendito, que no tengo otro hijo y que soy mujer pobre y me hallo sola y huérfana sin él. De esta manera y con esta desnudez de palabras visitaba cada día y aun muchas veces al día al glorioso San Diego. Conmovidas ya las entrañas misericordiosísimas de Dios y apiadándose de aquella simple y pobre mujer, cuya fe había sido tan viva que pudo merecer la salud de su hijo, como otra Cananea y Régulo, que con ella alcanzaron el remedio de sus necesitados y desauciados hijos, pasados los seis días (como hemos referido) le dio a su hijo vivo, a là que vivo ni muerto le hallaba, lo cual pasó de esta manera:

Pasaba a caballo, por la calle a la otra parte de la pared y pozo donde el niño estaba, un mozo de la dicha ciudad llamado Pedro Bernal, y aunque iba al paso de su caballo y divertido en sus cuidados oyó gemir y, parando el caballo por certificarse de si era verdad o antojo los gemidos que le parecían haber oído, volvió a oírlos de nuevo y poniendo cuidado y atención para saber a la parte que fuese, parecióle, según salía el hecho de la voz, que era a la otra parte de la pared que correspondía a la calle por donde pasaba, y dio voces llamando por ver si le respondían, y como nadie le respondió, pasó de largo hacia la plaza, que era adonde iba, y volviendo otra vez por satisfacerse de la verdad (y lo más cierto, porque Dios le movía el corazón para que fuese él el ministro instrumental por quien se descubriese este tan maravilloso milagro y fuese alabado en él su santísimo nombre y San Diego, conocido por muy particular amigo suyo) llegó al dicho lugar donde la vez primera oyera los gemidos y voces; y como las diese llamando y no le respondiese nadie, se determinó a buscar por allí y dando vuelta al cercado llegó a la boca de el dicho pozo y viéndola entre las matas y yerbas, se asomó a él y mirando por entre la obscuridad que en lo hondo el dicho pozo hacía, oyó al dicho niño llorar y dar voces y como por la hondura y mucha distancia que había al suelo y centro donde estaba no pudiese distinguir qué voces fuesen, le dijo: ¿quién está ahí abajo? El niño le respondió con voz animosa y entera: ¿yo soy Alonsico, no me conoces? Y como el dicho Pedro Bernal se certificó que era él, sin aguardarle razón alguna fuese a su madre y la dijo cómo su hijo había parecido, que llevase una soga para sacarle del pozo donde había caído. Salió la madre con aquellas alegres nuevas como fuera de sí y encantada a favorecer a su hijo, el cual sacaron del pozo entrando un hombre que le ató por medio del cuerpo y ayudó a salir. Salió el niño bueno y sano, aunque todo el cuerpo helado y los pies entumecidos por el mucho tiempo que en aquella obscuridad había estado, entre la lama y cieno, sin haberle dado rayo ninguno del sol, por la angostura mucha del lugar y espesura de matas y yerba que su angosta boca cubría. Sucedió esto delante de muchísima gente, porque sabiendo que había tantos días que se había perdido y ahora parecido, no podían creer que estuviese vivo; y como a cosa de milagro concurría infi-

nidad de gente a verlo. Llevólo su madre a su casa y envolvióla en una sábana de lino y de allí lo llevaron a la iglesia de los frailes menores y en el altar de San Diego se le dijo una misa y luego anduvo el niño, desencogiéndosele las piernas y fortificándosele los huesos y miembros; de donde vino a conocerse el milagro, y cómo por San Diego Dios había querido obrarlo. Y no sólo se conoció por esto sino por la razón que el niño daba del frailecito lego, que tantas veces se le había aparecido y confortado con palabras tiernas y consolatorias que le decía, las cuales dijo el niño, que fueron las que arriba se refieren.

Caso es el referido (que aunque Dios puede hacer y hace cosas mayores, es ésta una donde se mostró muy maravilloso) porque si bien se considera, se verá que un niño de tan tierna edad y en un lugar tan obscuro y frío y seis días con cinco noches que no comió ni vio el sol y sólo con sola la compañía de abejones (que fueron los que más le afligían, según declaró) viviese y con tanto aliento como si estuviera entre los mayores deleites de la vida (según lo manifestó en la voz que dio cuando Pedro Bernal le llamó del pozo), y aunque fue milagro que todos conocieron y supieron haberle querido hacer Dios por mostrar el valor y amor grande que a San Diego tiene, con todo digo, que como es Dios el que lo hizo y sabemos que aquello es lo menos de su poder, por ser todo poderoso e infinito en cuyas manos caben todas las cosas, no hay que maravillar sino darle gracias por todo y alabar sus misericordias, confesando de su clemencia que no desampara al afligido y necesitado y que oye al que le llama e invoca en la tribulación.

Otro milagro concurre en éste, de estar este niño tanto tiempo en el pozo, y es que pasando por junto de aquel lugar tantas veces su madre y siendo más las voces del niño no las oyese y las hubiese oído el otro que pasaba por la calle con el ruido que el caballo hacía y descuidado y siendo el pozo tan hondo. Otro fue, que siendo este pozo tan angosto y hondo no sólo no se mató el niño cayendo, pero ni aun se lastimó en ninguna parte de su cuerpo, que parece caso imposible si Dios no hubiera puesto las divinas manos de su misericordia debajo (como dice David) sobre las cuales cayese. Ofreció la madre al hijo a San Diego y de aquella pequeña edad lo dio a los religiosos de San Francisco y vistiéndole su hábito lo tuvieron en este Colegio de Santiago Tlatelulco donde le enseñaban a leer y escribir. Aunque ya ha tomado el hábito y es profeso, Dios le dé tanta gracia que llegue a ser otro San Diego.

Era provincial a la sazón que este milagro aconteció el padre fray Juan de Lazcano, el cual pasando por allí luego que sucedió, mandó limpiar aquel lugar y erigió y levantó un altar enmedio del cercado, junto al pozo, y fueron en procesión desde el convento de los frailes hasta aquel lugar, donde dijo la misa muy solemnemente en memoria y hacimiento de gracias del milagro y, consagrando el dicho lugar al glorioso San Diego, se le hizo una ermita. Y limpiando el pozo le alegraron de manera que luego dio agua, de la cual sacan muchas personas y la beben los enfermos de diversas enfermedades, y han sanado muchos con ella y dado vista a los ciegos que con fe la han bebido y lavádose los ojos con ella.

Esto dicho pudiera bastar para conocer que aunque Dios no ha menester casa, por ser inmenso e infinito que no cabe en lugar y que para sus santos es la mejor y más estimada su divina visión y presencia; pero porque no sólo ha querido usar de este modo dicho, sino que en la tierra ha querido elegir lugar como fue el de su templo salomónico y otros muchos, que por excusar prolijidad no cuento, y por consiguiente manera sus ángeles, como el de San Miguel en el Monte Gargano; de su madre santísima, como el de Santa María la Mayor en Roma, en tiempo del papa Tiberio, en el lugar que apareció nevado, y de sus santos, como Santiago de Galicia, en España y otros diversos que por la razón dicha callo, quiere que en esta ciudad se le conozca casa propria al santísimo Diego, fraile humilde del número y compañía de los menores y así le ha ilustrado en él como en particular asiento donde le ha querido dar casa y botica de espirituales medicinas, que lo son las aguas de aquel pozo; y son tantas las que sacan que la víspera y día siguiente de su fiesta pasan de veinte y más arrobas de agua, y mientras más sacan más va ofreciendo y no sólo este día, pero en muchos del año van por ella de diversas partes, la cual llevan con mucha devoción para remedio (como se ha dicho) de sus enfermedades.

En medio del patio y junto al pozo levantaron una cruz de madera, la cual todos los días de su fiesta y el día antes, desde las vísperas, hacía sus movimientos, en modo de cruz, inclinándose ella sola hacia el oriente primero, y luego hacia el poniente y luego hacia el mediodía y últimamente hacia el norte o septentrión y esto de manera que todos los presentes lo veían, y admirados del caso y dudando no fuese antojo o engaño de la fantasía o viento que pudiese moverla, la quitaron a cabo de algunos años y pusieron en su lugar otra de piedra, la cual hacía el mismo movimiento que la primera, en los días dichos; y porque parece de grandísimo espanto un milagro tan ordinario, doy por testigos a todos los que los días de San Diego están en la dicha ciudad y ermita, los cuales lo han visto y ven, y ellos mismos lo atestiguan y son tantos que no tienen número.

CAPÍTULO XXI. *De la poblazón de Tepeacac y de otras muchas poblazones que había en esta tierra cuando los españoles entraron*

A CIUDAD DE TEPEACAC, que está seis leguas de la de los Ángeles al oriente en contra de esta ciudad, era en número de gente muy famosa. Tenía más de treinta mil vecinos y lo es ahora de labranzas, porque se cogen en sus tierras y otras convecinas más de cien mil fanegas de trigo, sin otras tantas y más de maíz y es una de las mejores que hoy se conocen en la tierra. Otros pueblos había y hay que van entrando por aquella parte al reino y gobernación de Guatemala, como son la ciudad de Hua-